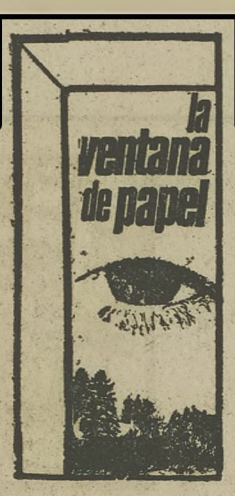


Escribe Guillermo DIAZ-PLAJA
(de la Real Academia de la Lengua)

LEOPOLDO DE LUIS, EN VILO

VIEJAS páginas mías han sostenido la tesis de que «en el principio fue el drama». Quise decir con ello que lo que la creación estética como —en fin de cuentas— la creación biológica, exige la pareja, en juego polémico; la confrontación de actitudes. No sólo, obviamente, para el teatro o para ciertas formas de la épica, sino que la misma poesía lírica, con su exigible monoloquio, escapa a esta radical condición. Cuando el poeta rompe a cantar, en efecto, convierte en monólogo el diálogo que le azuza por dentro. El lirismo traduce —es decir, «traiciona»— un enfrentamiento interior.

CUANDO se estudian, por ejemplo, las viejas «jarchas» hispano-orientales, se percibe bien cómo, en su minúscula estructura verbal, subyace un germen de teatro. Recordad:

«Qué faré yo, mamma,
meu habib, est ad yanna»

«Madre mía, ¿qué haré / mi amigo está a la puerta». Tres personajes: la enamorada, su madre, el enamorado que espera: un relámpago escénico. Así, en el Romancero, donde tantas veces la frase «bien oiréis lo que decía» abre el camino de la intervención marcada por la palabra de uno de los protagonistas. Analizar los elementos escenificables del «Quijote» me ha llevado a largas páginas.

Así, pues, toda lírica contiene cuando tiene garra y profundidad, un elemento dramático. Y aun añadiría que a mayor calidad lírica, más fuerte interferencia teatral.

Me asaltaba esta meditación mientras leía el reciente libro de Leopoldo de Luis, «Igual que guantes grises», que la colección de poesía Angaro acaba de publicar, después de concederle el premio correspondiente al año 1979. Premio que confirma una larga ruta de laureles.

El libro permite, espléndidamente, confirmar esa prelación «drama-poesía» que aduje al principio. Y es lógico hallarla en quien ejerce una poesía bien definida por un talante meditabundo que le llega sucesivamente de la Córdoba natal y de la Castilla de su adolescencia. Poesía reflexiva, apoyada en una gravedad, a la vez, interiorista y escrutadora; en un diálogo «yo-mundo», al que toda frivolidad es ajena.

Toda poesía honda es una interrogación. El poeta es «el ignorante» (página 11); el que patéticamente pide, reclama, grita, exigiendo respuestas. El mundo exterior es una inmensa trampa que nos asedia, que nos pide la mirada clarifica que encuentre el hilo de Ariadna, de su ser misterioso. Los mitos, las aves, los árboles secos están ahí, clamantes, desmelenados, exigiendo claridades.

Pero, ¿es necesario que existán, «de verdad» estos interlocutores? ¿No llevamos, dentro de nosotros mismos, a esos «antagonistas»?

Siempre seremos dos ¡qué pobre historia!
El que quisimos ser —el que pensamos—
y el que se mueve en duras realidades
y hace almoneda de su vida a diario.

O más misteriosamente todavía, en «Los espejos» (página 22)

Sólo somos figuras proyectadas
sobre un cristal, pero jamás nos vemos.

Este proceso de introspección conduce al poeta a una de las más bellas aventuras poéticas de que tengo noticia, y cuyo clímax lo establece el núcleo de sonetos que, bajo el epígrafe «Soy un cuerpo», centra la temática de este libro profundo y admirable. El poeta bucea en su intimidad, trabando combate eincruento con su propia carnadura, con su realidad más inmediata, hasta terminar con uno de los más bellos y hondos sonetos de toda la historia de la literatura; un poema que contiene todas las sabidurías retóricas (incluso la deliberada heterodoxia de los versos 10 y 11).

Helo aquí:

¿Quién es el responsable de este fallo?
Un pequeño motor que se fatiga.
Una rosa, una adelfa y una ortiga;
flores las tres desde distinto tallo.

Mi corazón también da flor distinta
desde sus estaciones diferentes.
Mi cerebro soporta otras corrientes.
Mi mano escribe con diversa tinta.

Soy una realidad que cambia a riesgo
de extinción por el sesgo
de un viento que se afila.

Soy las cuatro estaciones de mi año,
soy mi peligro, soy mi propio daño
y el mismo pelotón que me fusila.

Así, pues, el diálogo, el presunto «teatro» que toda lírica contiene, se consume en la concentración de un combate íntimo y, por ello, doblemente patético.

Pero no faltan otros interlocutores: la humanidad desnutrida, la ciudad sórdida y fétida, la soledad que se descubre en las muchedumbres... Toda la hombría de bien del poeta; toda su incapacidad para lo frívolo y lo innoble; toda su ética y estética resplandecen, como bella añadidura en las páginas de este grave y hondo manojo de poemas.

LAS CONFESIONES, de J. J. Rousseau (Selecciones Austral de Espasa Calpe)

SUIZA [illegible] tratar de abordar en estas breves líneas [illegible] la importancia crudal de la obra de Rousseau y en el escritor inaugural de «Las confesiones». Baste señalar que la obra es un libro que se sitúa en el umbral de la modernidad y un relanzamiento del género autobiográfico —lo que, en el mismo, revela los avances de una estructura palpitante que conocemos por «yo» y que, paulatinamente, son sinónimo del «yo» de una otra estructura social denominada «Estado». Juan del Agua presenta la obra en una introducción amena y hábil: en primer término, examina los avatares de los diversos autobiografismos y confesionarios pre-modernos (desde la Mística Carta de Plotino hasta Cellini, Montaigne y Santa Teresa); luego, sitúa la vida y la obra de Rousseau en el contexto de los valores y actitudes intelectuales de su época, centrándose en la problemática sexual que plasma. A destacar la línea de re-edición, sumamente asequible, de los clásicos de Selecciones Austral.

EL CONCEPTO DE LA ANGUSTIA, de Sören Kierkegaard (Selecciones Austral de Espasa Calpe)

IDÉNTICAS consideraciones a las anteriores cabe hacer de esta re-edición. Como Aranguren señala en la introducción, el libro constituye la apertura de un nuevo campo: la antropología (o psicología) teológica; es decir, el inicio de una investigación del hombre centrando la mente emociones y actitudes psíquicas que, interpretadas por el cristianismo, poseían una vigencia indudable sobre la Humanidad. El objeto de la angustia es una posibilidad, un vértigo, algo que no es nada: de forma que se trata, también, de una de las primeras reflexiones sobre la Nada, que, años después, influirá en Heidegger, Sartre, Jaspers y otra serie de pensadores que constituirán el Existencialismo.

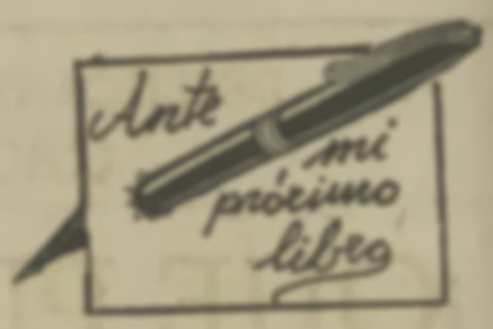
El último número de «Camp de L'Arpa» dedicado a Bergamín

EL último número de la revista de literatura correspondiente a septiembre y octubre «Camp de l'Arpa» está dedicado a la figura de José Bergamín.

Firma el editorial Ramón Maynata y aparecen artículos de Gloria Tamburini, André Malraux, Claude Roy, Benjamín Jarnés, Florence Delay, Miguel Dennis, Juan Guillermo Renart y una entrevista con el escritor escrita por Juan E. González.

Hay textos antológicos e inéditos del escritor, así como su cronología y bibliografía. Sigue la sección habitual de libros, con artículos de Francisco Umbral, Eduardo Gómez, Javier Pérez, María Luisa Bautista, Ernesto Parra, Jorge Rodríguez Padrón, Víctor López, José Guerrero Martín.

En la sección «Elementos», un artículo de Rafael Humberto Moreno-Durán sobre «Palinuro de México» y una entrevista con su autor, Fernando del Paso, por Arturo Vieyra. Sigue un artículo de Rafael Sabatrigue en torno a los «best-sellers» y una «escuela» con los escritores sobre el momento de la cultura.



ELENA SANTIAGO

ESCRIIBE DE "ACIDOS DIAS", PREMIO NOVELAS Y CUENTOS

FUE un día, cualquier hora, cuando todo aquel mundo comenzó a caerme dentro, atrapándome aquella urgencia de ir acercándolo a un folio en blanco.
Y partiendo de la melancolía, escrita con minúscula, y partiendo de la Ternura, escrita con mayúscula, configuré, en lo posible, la luz de la existencia desde una seguridad oscurecida por temer no encontrar el modo, la manera, de ir diciendo todo aquello que era sentimiento, niño, pueblo, muchacho, miedo, vacío, mujer, soledad, amor, resentimiento, ingenuidad, pecado, rostros, pasos, situaciones, y así hasta «Acidos días».

«ACIDOS días» comenzó a acumular imágenes que se escurrían, tendas abajo, en aquella casa. Casa Grande, donde transcurre el relato. La palabra estaba poniendo en pie a un niño que, sentado en la mesa, balanceándose en un vacío, escuchaba el nacimiento de la vida. De pantallas sobre un día, sobre una infancia, palpando aquel secreto desde palpitales el dolor de la madre, los deseos del padre, las respuestas de una Fura rotunda y con esa sabiduría, con ese entendimiento tocado del pueblo y de una ignorancia heredada. Y el hermano, Ambrosio, Brosio, nacido para estar, para vivir, para crecer, mientras él, Nino, se contemplaba en el centro de unos pasos que supone invariablemente quietos, ya que ha nacido para ver la vida de los demás.

El pensamiento habita ya aquel pueblo, los días cuenta ahora en la novela «Acidos días», cuenta ahora buscando lo bello y lo doloroso. Presente ya lo absoluto, la muerte que aprieta a Nino dentro de la piel frente a un hecho irreversible como es la desaparición del padre. La piel aprietada ante aquella muchacha, Delfina, cocer desde la niñez, que cuando tropezaba en él su mirada abierta le hacía el mundo azul.

La estructura de la novela va cohijando simultáneamente la infancia, la adolescencia y la madurez de este Nino que ya con canas en el pensamiento, con hambre de terrores insaciables, busca la propia vida, y algo consiguiendo una venganza que se le va a ir quedando pequeña entre las manos, un camino que tiene allí mismo y no se ha decidido a seguir.

Allí mueve las mujeres que quiso o jugó a querer Brosio, el hermano. Allí mueve el amigo, Torino, deteriorando siempre ante Nino lo desconocido y a lo sabido dándole su propia forma. La tendera, dueña de secretos, de hombres y pecados. Dona, vagabunda del camino al río, a un cuerpo, mostrándose desnuda y misteriosa, ahorita en el interior de aquella casa de Nino liberándole de imágenes vejadas y superponiendo un aire cálido, amiñado y bello, con transparencias claras, irreales, palpitantes.

Nino, ama. Nino quiere amar más aún. Necesita caer a brazadas la vida. Contempla el pueblo, la casa, los años: existe un frío cansado, una verdad, una sed, el amor, el sexo, la acidez y la herrura. Los instantes rondan como los pájaros y los gatos por los tejados de aquel huerto, embarrando lo azul, deseando lo azul. Nino quiere atrapar aquella realidad, la vida.

Escribiendo «Acidos días» intenta penetrar un mundo secreto. Y en ese mundo diluir lo más evidentemente posible unos seres diputados a la luz y a la sombra. Quería el barro y la música. Quería todas esas cosas que, como señala Rilke, enriquecen y gastan. Ser tiempo y memoria de ese tiempo, aprisionar costumbres y sentimientos en más de 200 folios. Abrir ventanas cerrar puertas, oler la palabra claridades, encontrar en cualquier cosa, cualquier amor, cualquier miedo, para caer en un final más cálido, menos solitario.

Cuando «Acidos días» llegó a ser un planteo, entre aquella historia y yo, una pregunta: ¿todo aquello tenía significado, sentido? La respuesta ha llegado con el premio Novelas y Cuentos, con mi gratitud por poder contar con este eco, correspondiendo a todo este tiempo de trabajo.